

Volta a Cataluña, que sea la Volta de la Libertad. Y así podríamos seguir: la final de Copa de la Concordia, el Gran Premio del Jarama de la Amnistía, el Steeple-Chase de la Libertad de Reunión... ¡Quién sabe si por el deporte podríamos ir entrando pasito a pasito en Europa! El indulto de los futbolistas ha sido todo un test de cómo sería recibida una amnistía, sin excluir a quienes pegaron al árbitro en Torremolinos ni a quienes lanzaron almohadillas y latas de cerveza al campo de La Romareda. Lo mismo podríamos ir avanzando; politizando los goles de Pirri no haríamos otra cosa que imitar la manipulación totalitaria que se le dio al fútbol de Elola Olaso hacia adelante, sólo que con signo contrario.

La Vuelta Ciclista a España de la Democracia. No sería mal síntoma, cuando muchos quieren la Vuelta a España de la Democracia, o la Vuelta de la Democracia a España. Sin manos. Sin bicicleta. ■ FERNANDO OLIVARES.

Un filósofo macarra

De todos los placeres de la decadencia, ninguno tan veneciano y exquisito como el de tirar el dinero: esto es algo en lo que ha de convenir todo el mundo. Al menos



todo el mundo que tiene dinero. Y no hace falta ser un *jetset*, una *beautiful person* para tirar el dinero de la mejor manera, basta con ir a una discoteca y, a ser posible, en día laborable, ya que las discotecas, cuando están vacías, son torres de marfil donde se aloja la reflexión. Pues, en líneas generales, se comprueba con asombro cómo una música en sí totalmente anodina —hay quien piensa que ponen siempre el mismo disco— se convierte en

algo fundamental por la sola virtud de una iluminación estratégica y unos cuantos decibelios de más. ¡El medio es el mensaje, *he-las!*

Hace tiempo que no visito una discoteca, pero supongo que, al haber dado con la panacea universal, seguirán lo mismo; cuando menos, espero que no hayan depuesto a quien, en mi época, era el rey de aquellos lugares:

Roberto Carlos, filósofo macarra, auténtico y maeterlinkiano «es- píritu de la discoteca».

Roberto Carlos es un genio. La música de sus canciones bastaría para demostrarlo: una música cuya banalidad sorprendería a Steve Reich, cuya monotonía causaría la envidia de Terry Riley. Pero no es la música lo fundamental en Roberto Carlos, sino la letra. El muchacho, como vulgarmente se dice, «vacila con diez de pipas», elucubra con el motivo más fútil, hasta convertirlo en una total aporía, cuya solución jamás llegará, ya que siempre al buen Roberto «se le olvida un detalle muy importante» que le hace volver a la carga, modificando el razonamiento. ¿Bizantinismo? No cabe más con menor pretexto: no obstante, el bizantinismo de Roberto Carlos es más cara que lleva tras de sí verdaderos descubrimientos en todos los campos de la filosofía y de la ciencia: asociaciones inconscientes que harían feliz al mismo Freud —cual la de la señora que se acuerda de su antiguo novio al oír el ruido del motor de los coches—; paradojas que enloquecerían al místico más iluminado —como la del tipo que va a toda velocidad sin poder llegar a ningún sitio—; propuestas metafísicas dignas de todo un Heidegger

del fichero de un crítico ortodoxo

MADRID

HAIR, espectáculo

rock.—He de reconocer que iba con cierta prevención a este espectáculo «rock» debido, primero, a su sentido iconoclasta, y segundo, al famoso desnudo del primer acto. Pues bien: la obra resulta ejemplar dado su pacifismo y mensaje de hermandad cristiano, y el desnudo, en la versión española, acaba de ser excelente ya que se apagan absolutamente las luces y el espectador no ve nada. Queda así respetado el sentido de la libertad inocente sin que por ello tenga que atentarse contra la dignidad y el buen gusto.

CINE

LA CARCOMA y SECRETO DE UN MATRIMONIO, de Ingmar Berg-

man.—Nos llegan ahora dos películas de este sueco que ha ido perdiendo su fe cristiana (demostrada palpablemente en los festivales de cine religioso de Valladolid) para dar paso a una perturbación de sus facultades analíticas, empeñadas ahora en demostrar la dificultad de las relaciones personales y, sobre todo, matrimoniales. En Suecia es posible que pasen estas cosas; pero en España, con matrimonios consagrados y bendecidos, inseparables y felices, los cónyuges no tienen las dudas metafísicas propias del ateísmo democrático. En su lugar, crían robustos hijos para el cielo.

MY FAIR LADY, de George Cukor.—Una reposición sin sentido. Un musical sin imaginación, sin buenos cantantes, sin buenos vestuarios, sin buenos actores. Puestos a reponer películas musicales, convendría que

las nuevas generaciones de españoles tomaran contacto con nuestras mejores películas nacionales: «Malvaloca», «Lola la piconera», «Duende y misterio del flamenco»... En ellas sí que había arte, además de espiritualidad y sentido de la plástica.

BARCELONA

ULTIMO TANGO EN

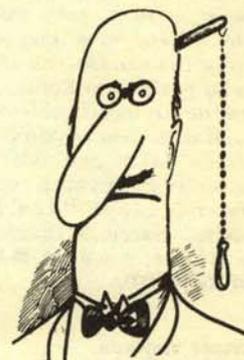
MADRID, de José Luis Madrid.—Inteligente sátira de la película de Bertolucci. Aquí no hay sinvergonzonías extranjerizantes, sino un problema muy nuestro y muy interesante: la pérdida del miembro viril de un leonés, que necesita, antes de la extirpación definitiva, divertirse un poco. Como se verá, el tema es «fuerte» pero está tratado con sano humor y deportividad. Mejor mil veces esta película que la maldad masónica de los tangos parisinos.

LA CADUTA DEGLI DEI, de Luchino Visconti.

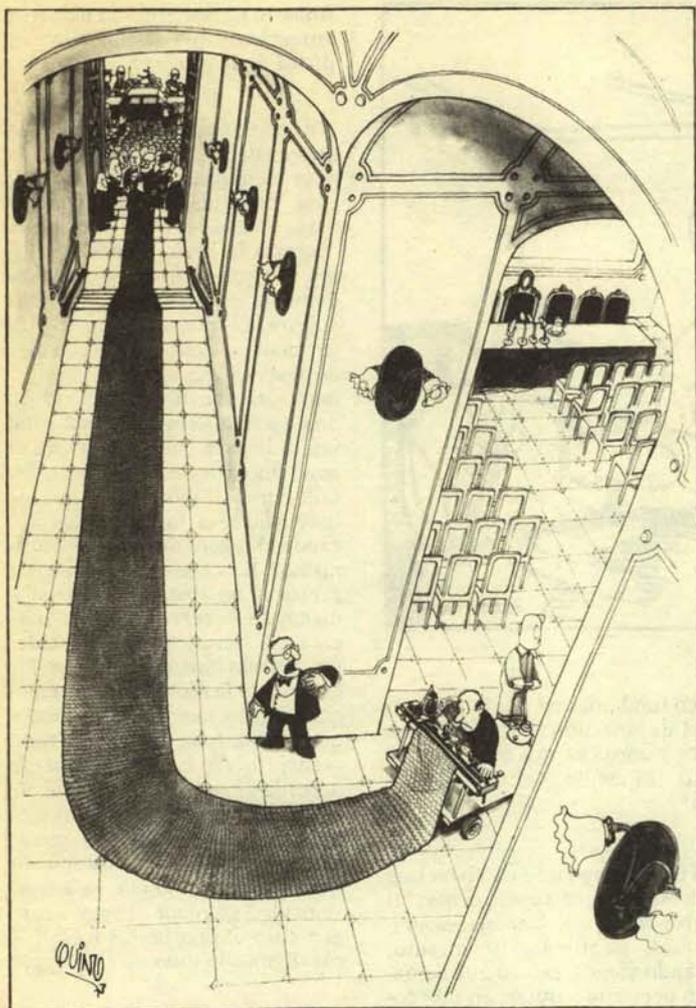
—Hasta ahora prohibida (y bien prohibida), se nos quiere hacer comulgar con ruedas de molino mostrándonos la supuesta corrupción de una excelente familia de industriales alemanes que, cuando la Patria les llamó, supieron colaborar con el floreciente nazismo. Visconti, desde su execrable perspectiva marxista y aristocrática más su decadente postura sexual, satiriza y ridiculiza esta situación histórica haciendo así un flaco favor a la clarificación del pasado y, por consiguiente, a las posibilidades del futuro.

GENERAL IDI AMIN

DADA, de Barbet Schroeder.—Ambiguo manifiesto biográfico del gran político de Uganda que se vio obligado a recortar la cinta para sujetarla más objetivamente a su propia realidad política. A pesar



de que Schroeder no se atreva a defenderlo drásticamente (aunque, como es lógico, tampoco a atacarlo, sacrificando así el servicio a la verdad por la tramposa moda de la crítica política en la que han caído otros cineastas), la película es un buen servicio al conocimiento de una de las más fulgurantes figuras de nuestro momento.



—«en la distancia muero»—, etc. Claro que a lo mejor todo lo que hace Roberto Carlos es copiar a su hermano Erasmo, que en una canción ha llegado a reformular el *cogito* cartesiano, afirmando: «Preciso olvidar, pero existo.» Lector amigo: yo sé que sufres como yo cuando, inocente, pones la radio y te sale el Roberto con alguna de sus inextricables peroratas. Hazme caso y óyelo en una discoteca —si es que todavía lo ponen—: él es la causa remota, *ultima ratio*, que justifica el decadentísimo placer de tirar el dinero de la mejor manera. ■ JOSE RAMON RUBIO.

¡Señores viajeros, al tren...!

Guillermo Sautier Casaseca, también se apunta al cambio

Una vez más, Hermano Lobo presta un gran servicio a la socie-

dad española al formular desde sus páginas un rotundo mentís: Guillermo Sautier Casaseca no va a ser elegido académico de la Real Española. Al menos por ahora, que desde que Pemán fue presidente del Instituto de España todo podría suceder. Salimos así al paso de una tendenciosa campaña orquestada desde etcétera, etcétera. Y decimos esto porque Sautier Casaseca no se va a aprovechar del si me voy, no me voy de Dámaso Alonso ni de la cura de salud del alma —según el conocido manual «Vida del alma sana», del doctor López Ibor, con prólogo de don Jesús Urteaga— de Camilo José Cela. No y mil veces no. Don Guillermo Sautier Casaseca se incorporará dentro de muy poco al catálogo de Seix Barral, o de Barral Editores, o de Akal o una cosa así, porque de un tiempo a esta parte está el tío de un autocrítico y de un experimentalista que no veas:

—Ahora no escribiría «Ama Rosa». Tiene uno sesenta y cinco años y no está bien ponerse a escribir tonterías. ¿Usted me imagina ahora —ha declarado a un periódico de Valencia— con biberón? Pues escribir una cosa como «Ama Rosa» sería casi igual...

NOVELA ROSA PARA EL CAMBIO

Tiene madera este don Guillermo. Como todos los que se comieron el mundo y se pusieron las botas en los años cincuenta, ahora quiere el tío seguir en el machito a base de cambio. Nada, lo dicho: que pronto tenemos a Sautier Casaseca publicando un libro con cubierta de Alberto Corazón. Porque el tío está ahora (después de haberse hecho rico arrancando las lágrimas de la España en paz, que no tenía de qué ponerse triste) de un autocrítico que asusta:

—Siempre he escrito más o menos el mismo dramón. Hubo una época en que la fórmula era única: madre que no tiene hijos adopta a hijos que no tienen padres. La madre tiene luego un hijo, surge el problema de celos entre los dos, y luego se descubre que el niño adoptado, que ya se ha hecho mayor, era hijo del portero... Con esta fórmula y luego la otra, que es la de la Cenicienta, se llega siempre al público. Ahora yo la he dejado para hacer otras cosas mejores literariamente y de contenido se ha visto que sigue siendo válida con «Lucecita» y «Simplemente María», dos seriales que no han sido míos, pero la gente dice que lo merecía...

Nada, don Sautier, no se apure usted por eso. Cuando la Editora Nacional publique sus obras completas los ponemos como apéndice y listo. Verá cómo ni se notan al lado de «La segunda esposa» o «La intrusa»...

Los tiempos han cambiado, y el estilo de los seriales, y Sautier (que un día de éstos entrará como editorialista de plantilla en la Prensa del Movimiento, puesto para el que se necesita una gran capacidad de metamorfosis últimamente) no se ha quedado atrás. Como todo el que en los

años cuarenta y cincuenta estuvo hasta aquí de eso que usted sabe, ahora le da cínica:

—La sociedad estaba tan entontecida que se entusiasmba con aquello... El español es llorón y la española es llorona.

Así que ya lo saben: maduro pero llorón. La española cuando llora...

—Yo no las he hecho llorar. Han sido ellas las que han querido llorar conmigo...

Como esto siga así, va a resultar que nadie ha vivido en España en los últimos cuarenta años, que a mí que me registren. Ni Sautier Casaseca escribió «Ama Rosa» ni



Marcelino le marcó el gol a Rusia. Todo el mundo está renunciando a lo que fue, ¿por qué será, mire usted, es que no tendrán la conciencia muy tranquila?

Con razón ya no escribe seriales de «¡hijo!» y «¡madre!» Guillermo Sautier Casaseca. Porque viendo cómo la gente coge el tren en marcha y se apunta al cambio como el que compra lotería, dan ganas de llorar. Sin necesidad de escuchar «Ama Rosa». Si Larra levantara la cabeza y viera las ganas de seguir en el machito que tiene el personal diría que vivir en España es llorar. ■ TOMAS MORA.

